

Jornadas El Quijote desde la Patagonia
Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco
Comodoro Rivadavia, 20 y 21 de abril de 2006

REALIDAD, DISCURSO Y LOCURA EN EL QUIJOTE

Sebastián Sayago

Introducción

Como todos sabemos, don Quijote está loco, tiene el cerebro seco o, dicho con mayor precisión, posee una concepción de la realidad que no coincide con la poseída tanto por el narrador de la historia como por el resto de los personajes. Es fácil advertir que la brecha que separa ambas concepciones es el espacio donde se origina la tragedia que cómicamente se nos cuenta. Tal vez no sea igualmente evidente que este mismo espacio sea el lugar donde se estructura la disputa entre los diferentes sistemas de creencias de una sociedad. En lo que sigue intentaremos explorar brevemente la posibilidad de analizar esta situación desde una perspectiva epistemológica.

Desarrollo

En primer lugar, ya sea para determinar la locura de don Quijote o para establecer nuestro grado de normalidad, es necesario preguntarse *¿Qué es la realidad?*. Una respuesta rápida puede ser: *Realidad es todo lo que nos rodea*. Pero esta afirmación recibe fácilmente dos objeciones:

- a) Lo que nos rodea no es lo mismo para todas las personas (es decir, no todos lo percibimos de igual manera).
- b) Lo que está dentro de nosotros (nuestros sentimientos y pensamientos) también son reales.

Conviene, entonces, abandonar una concepción monista de realidad.

Para evitar que nos consideren como casos clínicos semejantes al Caballero de la Triste Figura, no intentaremos definir qué es realidad en estas pocas líneas. En cambio, seguiremos un camino más sensato: retomar algunos aportes de conocidos sociólogos y epistemólogos que, antes que nosotros, enfrentaron este interrogante y dieron una respuesta.

En una línea enraizada en la fenomenología de Husserl, Schutz, Luckmann y Berger afirman que “la realidad fundamental y eminente del hombre” (Schutz y Luckmann,

1977: 25) es el mundo de la vida cotidiana, porque es el único que puede constituir un mundo circundante, común y comunicativo. Este incluye: a) el estrato cultural de sentido, “que convierte a los Objetos físicos en objetos de la experiencia ingenua” (Schutz y Luckmann, 1977: 41); b) el mundo social cotidiano y c) zonas limitadas de significado, como las fantasías oníricas y las experiencias místicas y estéticas.

Berger y Luckmann (1993) continúan con la tesis de Schutz de un mundo de la vida cotidiana construido socialmente y redefinen la realidad como “una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición” (Berger y Luckmann, 1993: 13). La realidad que perciben comúnmente las personas es una realidad social. Esta se divide en una realidad social objetiva, constituida por el resultado objetivado de la actividad humana (instituciones, normas, roles, valores, conocimiento, etc.), y una realidad social subjetiva, conformada por las percepciones idiosincrásicas que cada individuo tiene acerca de ese mundo objetivo y de sí mismo.

En este punto, todavía no podemos interpretar con precisión la locura de don Quijote. Solo podríamos decir que hay un desajuste entre su realidad social subjetiva y lo que los demás personajes de la historia consideran como la realidad social objetiva o, dicho en otros términos, entre su realidad social subjetiva y la realidad social subjetiva del resto de los personajes.

Es posible dar un paso más y diferenciar en esa realidad objetiva dos órdenes, el físico y el simbólico, sin que por ello se pierda el carácter dialéctico que exhibe la propuesta de Schutz, Luckmann y Berger. Esta concepción tricotómica de realidad fue elaborada, entre otros, por Popper, quien a su vez inspiró la conocida división de los tres mundos que constituyen el mundo de la vida habermasiano (Habermas, 1981): el mundo objetivo (el conjunto de todas las cosas sobre las que son posibles enunciados verdaderos), el mundo social (el conjunto de todas las relaciones interpersonales legítimamente reguladas) y el mundo subjetivo (la totalidad de las vivencias de la persona).

Popper propone una realidad constituida por tres mundos (Popper, 1997):

- mundo 1: estados y procesos físicos,
- mundo 2: estados y procesos mentales,
- mundo 3: productos de la mente.

Si bien cada uno de estos mundos existe con relativa autonomía, los tres se condicionan recíprocamente:

No podemos comprender el mundo 2, esto es, el mundo habitado por nuestros propios estados mentales, sin comprender que su función principal consiste en producir objetos del mundo 3, y que sobre él actúan los productos del mundo 3, ya que el mundo 2 no solo interactúa con el mundo 1 —como pensaba Descartes, sino también con el mundo 3. Los objetos del mundo 3 únicamente pueden actuar sobre el mundo 1 a través del mundo 2, que funciona como intermediario. (Popper, 1997: 37).

El Quijote, en tanto obra intelectual, pertenece al mundo 3, pero también al mundo 1, porque los diferentes libros que la materializan son objetos físicos. Una doctrina, una ideología o una teoría son claros ejemplos del mundo 3, aunque los libros que las producen y desarrollan sean también objetos físicos y, por lo tanto, correspondan al mundo 1.

Ya en el plano de la ficción, si aplicamos esta clasificación al análisis de la locura del personaje don Quijote, podemos formular la siguiente conclusión: A partir de la lectura de obras literarias de caballería (objetos del mundo 1 y del mundo 3), su mente construyó un sistema de interpretación (objeto del mundo 3) que reguló sus procesos mentales (propios del mundo 2) y sesgó su percepción de la realidad física y simbólica (mundos 1 y 3).

Para ejemplificar esta afirmación podemos mencionar dos episodios de la novela: el enfrentamiento de don Quijote a los molinos de viento (Cap. VIII, Primera Parte) y la obtención del yelmo de Mambrino (Cap. XXI, Primera Parte).

En el primero, don Quijote, experimentando procesos mentales condicionados por el sistema simbólico de la caballería, percibe unos molinos de viento como gigantes. Luego, tras reconocer el error, para defender la validez del sistema simbólico de la caballería y también la de sus propios procesos mentales (es decir, su integridad identitaria), apela a otro producto simbólico: el mago Frestón.

La principal función de este tipo de entidades es suturar los desajustes entre los tres mundos. Donde no alcanza la razón, interviene el mago o la divinidad.

Dice Popper:

Los informes verdaderos pueden explicar lo ocurrido: 'El ciervo murió porque lo alcancé con una flecha'. Pero para lo inexplicable se puede inventar un cuento: 'El rey murió porque Zeus lo alcanzó con su rayo'. De este modo se pueden inventar teorías explicativas. (Popper, 1997: 128).

El mago Frestón, entonces, objeto del mundo 3, opera sobre el mundo 1 y transforma a los gigantes en molinos de viento.

El episodio del yelmo de Mambrino es un poco diferente. Don Quijote también percibe nuevamente el mundo 1 distorsionado, pero, para suturar el desajuste no apela a una entidad del mundo 3, sino a procesos psicológicos (desarrollados en el mundo 2) de otros personajes, quienes, por ignorar entidades del mundo 3, modifican la materialidad del yelmo (objeto del mundo 1).

Explica don Quijote:

¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algún extraño accidente debió de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere; que para mí que la

conozco no hace al caso su transmutación... (de Cervantes Saavedra, 1995: 153)

En estos dos pasajes, don Quijote defiende su fantasía intentando adecuar el mundo físico al mundo simbólico: los molinos son gigantes transformados en molinos y la bacía de barbero es un yelmo encantado transformado en bacía de barbero.

En otro episodio igualmente importante, el del frustrado encuentro con Dulcinea (Cap. X, Segunda Parte), don Quijote cambia de estrategia: ve a la labradora como una labradora y no como Dulcinea. Reconoce las características objetivas del mundo 1, pero, inducido por Sancho, asume que no son las verdaderas. Como en el episodio de los molinos de viento, recurre a la acción de malignos encantadores para explicar la diferencia entre lo que perciben sus sentidos y lo que las cosas son en realidad. Supone que las entidades del mundo 3 afectan sus procesos del mundo 2 para que él no pueda ver los objetos del mundo 1.

Ahora bien, podemos preguntarnos si la locura de don Quijote es consistente, es decir, si sigue una lógica. La respuesta es afirmativa. La consistencia de su locura está dada por los patrones de las novelas de caballería.

Forzando quizá demasiado la teoría de los paradigmas científicos de Kuhn (1971, 1989), es posible pensar que estos patrones se comportan como una suerte de matriz disciplinaria o, mejor, como una *matriz interpretativa*: “interpretativa” porque provee categorías y recursos para justificar los desajustes entre los mundos físico, psicológico y simbólico; y “matriz”, tal como lo estipula Kuhn para el ámbito científico, “porque está compuesta por elementos ordenados de varias índoles, cada uno de los cuales requiere una ulterior especificación” (Kuhn, 1971: 279-280). Elementos como el mago Frestón y el yelmo de Mambrino adquieren sentido y valor en un sistema narrativo complejo y heterogéneo.

Dijimos al principio que la historia de don Quijote es una tragedia relatada cómicamente. Un personaje, en soledad, defiende la validez del paradigma de la caballería. Los demás lo desestiman, adhieren a otro paradigma, a uno más difuso, que, para interpretar la realidad, no requiere ya de magos ni de seres extraordinarios ni de héroes en busca de aventuras y de gloria.

Don Quijote interpreta la distancia entre ambos paradigmas recurriendo a la malévolas acción de encantadores. El resto de los personajes interpreta esta distancia recurriendo al estado psicológico de don Quijote: asumen que está loco. Pero había otras posibilidades.

Si don Quijote hubiera persuadido a otros personajes de la validez de su paradigma, podría haber constituido una *comunidad* (no científica, sino *caballeresca*). La certeza de su locura sería inversamente proporcional al tamaño de esta comunidad. Un hombre empeñado en enfrentar molinos de viento es un demente. Cien hombres empeñados en hacer lo mismo conforman una cofradía romántica y heroica.

Si el narrador principal (Cide Hamete Benegeli) nos indicara que, a pesar de las apariencias, don Quijote está cuerdo o si, al menos, se mostrara escéptico ante los

recursos explicativos de este, la novela perdería su carácter cómico. Tendríamos a un personaje que, con increíble tenacidad, defiende su verdad ante la verdad de los otros.

Pero el narrador, en cambio, toma partido y rechaza de plano el paradigma de la caballería. Cree en las mismas entidades del mundo 3 y ve las mismas entidades del mundo 1 que el resto de los personajes. Ante el narratario y también ante nosotros, los lectores, es en su discurso donde se constituye, en última instancia, la locura del hidalgo manchego.

Conclusión

Para finalizar, vale aclarar que no se pretendió cuestionar la locura de don Quijote. Aceptamos que, en el mundo narrado, este personaje no está cuerdo. Es más: su locura constituye la clave narrativa más importante de la novela.

Aquí intentamos aplicar algunas categorías epistemológicas básicas para esbozar una descripción de las diferentes concepciones de realidad puestas en juego en la historia. Estableciendo una equivalencia entre seres humanos y personajes, también arriesgamos una explicación acerca de cómo estas son producidas y sostenidas.

La realidad no es homogénea y compacta. Al contrario, está compuesta por diferentes mundos o instancias o niveles o dimensiones, que, constantemente, experimentan deslices y desacomplamientos. Cuando nos damos cuenta de esto y queremos explicar lo que sucede, todos corremos el riesgo de actuar como el Caballero de la Triste Figura.

Bibliografía

- BERGER, P. – LUCKMANN, T. (1993) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. [1967]
- DE CERVANTES SAAVEDRA, M. (1995) *Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Huemul. [1605]
- HABERMAS, J. (1987) *Teoría de la acción comunicativa I*. Madrid: Taurus. [1981]
- KUHN, T. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires: FCE. [1962]
- (1989) *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos*. Barcelona: Paidós. [1987]
- POPPER, K. (1997) *El cuerpo y la mente*. Barcelona: Paidós. [1994]
- SCHUTZ, A. – LUCKMANN, T. (1977) *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu. [1973]